

escribió además sobre el edicto provincial y sobre las Doce Tablas, luego otra obra con el título *Rerum quotidianarum, ó aureorum libri* en el género de sus *Institutas*.

Otros marcharon en pos de su huella hasta el instante en que aparecieron Emilio Papinio, Julio Paulo, Domicio Ulpiano, Herencio Modestino. Papinio, prefecto del pretorio y presidente del consejo privado de Séptimo Severo, enviado á la muerte por Caracalla, á consecuencia de no haber querido justificar su fratricidio, fué considerado como príncipe de los jurisconsultos. Valentiniano III declaró que su autoridad debía prevalecer sobre la de todos los demás. Justiniano le prodiga los títulos más distinguidos.

Paulo y Ulpiano, colegas suyos en el consejo del emperador, compusieron gran número de obras, que sirvieron mucho para las Pandectas, puesto que los extractos de Ulpiano forman una tercera y los de Paulo una sexta parte de ellas; además, sus comentarios sobre el edicto perpétuo pueden ser considerados como la base del Digesto. Paulo era natural de Padua, en las Pandectas se hallan pasajes sacados de sesenta y ocho obras suyas, sin hablar de los cinco libros titulados *Recepte sententiae*, que contiene todos los principios de derecho no disputados, y que están dispuestos en el orden del edicto perpétuo. Pasando gran parte de sus axiomas al código de los visigodos, vienen á ser ley práctica en España, en la Galia meridional y entre los borgoñones, hasta el momento en que se introdujeron allí la compilación de Justiniano y los códigos bárbaros. Su estilo es á veces oscuro, á la par que el de Ulpiano es siempre claro y preciso, á pesar de algunos solecismos semíticos, que revela su origen fenicio.

Tuvo por discípulo á Modestino, cuyas obras, así como las de sus antecesores ya mencionados, adquirieron fuerza de ley en tiempo de Valentiniano III.

Fuerza es atribuir en parte á los consejos de estos últimos jurisconsultos muchas mejoras reales introducidas en la legislación; en parte también á la índole de la nueva constitución, pues no embarazando al emperador los privilegios de ningún cuerpo, y hallándose segregados de la vida política los ciudadanos, procu-

raron desquitarse con la mayor independencia civil; por último, en parte á las nuevas doctrinas que oponían los galileos á los sistemas orgullosos é inhumanos de las antiguas escuelas. A fin de que la nobleza no hiciese sombra á los emperadores, propagaron éstos los derechos comunes de la naturaleza humana, favorecieron los peculios de los hijos de familia y las emancipaciones; aumentaron los efectos y restringieron las solemnidades de las manumisiones; extendieron el derecho de ciudadanía y mejoraron la condición de los esclavos, refrenando la crueldad de los señores. Bajo este aspecto todavía era popular el jefe del Estado, pues quería la ley para todos, humillados á los soberbios, á la muchedumbre escudada contra las opresiones privadas y satisfecha en lo relativo á las necesidades de la vida y al uso de la libertad natural; con este objeto no otorgaba privilegios á ninguna clase de personas, á fin de tener la facultad de llevar á las dignidades á quien le pareciera digno de ello. Ponia remedio á gran número de abusos el celo de los emperadores por la justicia, imprimía á los magistrados un saludable miedo y aproximaba cada vez más el derecho á la equidad natural y el sentido común. De este modo continuaba adelantando hasta bajo el peso de sus padecimientos; y con el gran nombre del imperio y á tanta distancia como él se extendía, esta idea de igualdad bajo un solo gobierno, que opuesta á todo lo que la antigüedad había practicado, debía constituir la base de las sociedades modernas.

## CAPITULO XII

Desde Cómodo á Severo

Denomináronse la época más venturosa de la humanidad los ochenta y cuatro años transcurridos desde la muerte de Domiciano hasta la de Marco Aurelio; y fué tan querido para los romanos el nombre de los Antoninos, que los emperadores que les sucedieron lo agregaron al suyo, sin curarse mucho de merecerlo. Tardó poco en ser deshonrado por Cómodo, rico sólo de vigor, de lujuria y de cobardía. Fué el primer emperador nacido (31 de Agosto de 161) de un padre poseedor del trono; pero la lubricidad de Faustina indujo á creer que era hijo de

uno de los gladiadores á quienes llamaba ella desde la sangrienta liza para manchar el tálamo de Marco Aurelio. No se mejoró su índole perversa con el ejemplo y las enseñanzas paternales, y encontrando á la edad de doce años el agua de su baño demasiado caliente mandó echar en un horno al que la había calentado.

Con tales disposiciones ascendió al trono á los diez y nueve años, y aunque no tenía rivales que le opusieran estorbo, ni ambiciones, ni recuerdos que sofocar con urgencia, se abandonó á todas las crueldades que pudo sugerirle un carácter atroz excitado por mala gente. Complaciase en ver atormentar á los hombres; como se preciaba de hábil cirujano hacia sus ensayos en infelices á quienes obligaba á recurrir á sus consejos. En sus correrías nocturnas corta un pié á uno, saca un ojo á otro, y todo por divertirse. Habiéndose permitido decir un infeliz que había nacido el mismo día que el emperador, fué arrojado de orden de Cómodo á las fieras. Encontrando á un hombre muy envuelto en carnes le divide en dos pedazos de un solo golpe á fin de hacer alarde de sus fuerzas. Se presenta en público con los atributos de Hércules, y con el auxilio de una enorme clava reduce á polvo la cabeza de gentes disfrazadas de fieras, y de esta manera aspira al título de vencedor de monstruos.

Su fuerza era verdaderamente prodigiosa: de una lanzada atravesó á un elefante de una parte á otra. En un día mató cien leones en el circo, cada uno de un solo tiro de arco. Su flecha traspasaba el cuello de un avestruz que corria, atravesó á una pantera sin tocar al hombre sobre que se había arrojado. A fin de que no faltaran animales feroces para que el emperador se divertiera, fué prohibido á los africanos matar leones, y hasta ahuyentarlos cuando el hambre les trajera á la vecindad de las habitaciones; y para ostentar mejor su mérito á los ojos del género humano, bajó desnudo á la arena, vedada por los que le habían precedido, á los senadores. Despues de haber salido de setecientas treinta y siete luchas sin recibir ninguna herida, tomó el título de *Cómodo, vencedor de mil gladiadores*. Se embriaga de aplausos del populacho, y para granjearse su afecto, instituye una compañía de mercaderes, y manda equipar una escuadra para traer trigo de Africa

en el caso de que llegara á faltar el de Egipto. Pero imaginando un día que el pueblo le hacía burla, ordena una matanza general acompañada del incendio de la ciudad, y con gran trabajo consigue el prefecto de los pretorianos hacerle retirar aquel decreto, dictado por la rabia.

No se señaló ménos por sus desórdenes; ya en vida de su padre había convertido en un lupanar su palacio; despues de su muerte instaló en su recinto un rebaño de trescientas concubinas acompañadas de otros tantos mancebos. Violó á sus propias hermanas; sobre lo demás nos cumple tender un tupido velo.

Necesitando dinero para sus locas prodigalidades aumentó todos los impuestos, traficó con los empleos públicos, vendió su absolución á los delincuentes, y á precio de dinero consintió hasta los asesinatos y las venganzas privadas. Una multitud de inocentes perecieron víctimas de aquel iracundo, que habiéndose desembarazado en breve de los tutores que le había impuesto Marco Aurelio, dejó plena autoridad á los compañeros de su libertinaje, salvo para deshacerse de aquellos que contrariaban sus designios. Perennis, que había adquirido su valimiento adulando sus pasiones, asistía con él á los juegos capitolinos, cuando sale al teatro un filósofo cínico, y dirigiéndose á Cómodo exclama: *Mientras te engolfas en los deleites, Perennis y su hijo atentan contra tu vida*. Inmediatamente mandó Perennis que aquel hombre fuese arrojado á las llamas, pero el emperador concibió sospechas de su persona, creyéndole capaz de aspirar al trono, porque tenía capacidad para ocuparlo. Así habiendo diputado las legiones de Bretaña mil quinientos hombres para que fueran á Roma á pedir la muerte del ministro, dejó que le matasen, inocente ó culpable, con su esposa, su hermana y sus tres hijos: de este modo conoció el ejército la debilidad del gobierno.

Perennis fué reemplazado por Cleandro, que nacido en Frigia, había sido llevado á Roma en calidad de esclavo. Primeramente había pertenecido á Marco Aurelio, despues á Cómodo, quien le había dado con la libertad una de sus concubinas por esposa. No teniendo que recelar de su habilidad ni de su valor le otorgó un poder ilimitado. Cleandro abusó de su

autoridad para venderlo todo, empleos, provincias, rentas públicas, justicia y hasta la vida de los inocentes. Habiendo acaparado los trigos, redujo al hambre á la ciudad para enriquecerse, y para granjearse el afecto de la muchedumbre con distribuciones. Hizo patricios á muchos esclavos que apenas acababan de soltar sus cadenas, dándoles ingreso en el Senado; eligió en un año hasta veinticinco cónsules. Pero cierto día, durante la celebracion de los juegos, entra de repente en el circo una tropa de muchachos, llevando á su cabeza una mujer alta y robusta, y todos prorumpen en terribles gritos contra Cleandro. Aplaude el pueblo, corre en tumulto al palacio Suburbano, donde se hallaba el emperador, y pide la muerte del ministro; carga la caballería sobre la muchedumbre, que haciendo uso de las armas populares, es decir, de tejas y piedras, pone en fuga á los pretorianos. Sumido Cómodo en los desórdenes más inmundos ignoraba lo que acontecía. Cuando lo supo queda poseído de espanto, y manda que se arroje á los sediciosos la cabeza de su favorito, cuyo cadáver es arrastrado por las calles con los de su esposa, sus hijos y sus amigos.

Cómodo había tenido además otro consejero de sus crímenes en el liberto Antero de Nicomedia: cuando fué muerto por los pretorianos, sostenidos por Cleandro, se vengó el emperador de ellos encruceándose cuanto pudo contra sus filas. Cotidianamente se mudaban los prefectos del pretorio: algunos no duraron más que seis horas, y la mayor parte perdieron la vida al mismo tiempo que sus funciones. No sólo remitía este príncipe, tan perezoso como libertino, todos sus cuidados á gente de esta laya, sino que hasta se negaba á firmar los despachos oficiales, y con dificultad escribía el *vale* al pié de las cartas dirigidas á sus amigos. Sin embargo, este príncipe se atrevió á atribuirse en sus medallas el título de *venturoso*: quiso que su siglo se denominara *Commodiano*; Roma, colonia *Commodiana*; y el Senado, vilmente adulador, inscribió sobre el lugar de sus asambleas: *Casa de Cómodo*. Fueron cambiados los nombres de los meses en adjetivos en loor suyo y escribía al Senado: *El emperador César Lucio Aulo Aurelio, Cómodo, Antonio, Augusto, venturoso, bono, piadoso,*

*sarmítico, británico, germánico, pacificador, invencible, Hércules romano. padre de la patria, pontífice supremo, cónsul por la séptima vez, imperator por la octava, tribuno por la décima setima, á los ilustres senadores commodianos, salud.*

Impulsada por la ambicion su hermana Lucilla, creyó poder hacer una revolucion conspirando con los principales senadores; pero detenido el asesino en el instante en que levantaba el brazo diciendo: *Hé aquí lo que te envían los senadores*, fué condenado á muerte con sus cómplices. Desterrada la princesa á Caprea fué allí á su vez inmolada; y posteriormente tambien la emperatriz Crispina, confinada á aquella isla por haber querido imitar el libertinaje de su esposo.

Las palabras del sicario, que supo hablar y no ejecutar, exasperaron á Cómodo contra el Senado. Feroz en un principio por indignacion, no por cálculo, había podido hasta otorgar gracia; así á ejemplo de su padre había arrojado al fuego las revelaciones que le remitió Manilio, secretario del usurpador Avidio Cassio; pero en breve hizo revivir los delatores y los procesos de lesa majestad con su ordinario cortejo de inocentes condenados al suplicio, y especialmente aquellos, cuya virtud contrastaba con la corrupcion imperial. Entre otros, citaremos á los dos hermanos Quintilios, Máximo y Condiano de la Troada, célebres por su amor fraternal, que siempre les hacia proceder de comun acuerdo, cual sino hubieran sido más que un solo hombre. Juntos habían gobernado provincias y mandado ejércitos; juntos habían ejercido el consulado y otras funciones que les habían conferido Antonino y Marco Aurelio. Cómodo mandó que murieran juntos. Julio Alejandro de Emeso, mató á los soldados enviados por el emperador para quitarle la vida, y huyó con la intencion de retirarse entre los bárbaros; pero embarazado en su marcha por un amigo lento en seguirle, le dió muerte y se suicidó en seguida.

¡Si al ménos hubiera sabido emplear Cómodo su feroz bravura en defender las fronteras! Pero no bien ascendió al trono cedió á los quados todos los fuertes levantados en su territorio, á condicion de que permanecerian á cinco millas de distancia del Danubio, ren-ri-

rian sus armas, suministrarían tropas á los romanos, y no se reunirían más que una vez al mes en presencia de un centurion. Tambien compró la paz de otros germanos y dejó á los sarracenos (mencionados aquí por la vez primera) alcanzar ventajas sobre el imperio. Habiéndose hecho jefe de una banda de desertores un simple soldado, llamado Materno, trastornó la España y la Galia, viéndose luego cercado por todas partes dispersó á sus compañeros y se encaminó á Italia, seguido de los más audaces con el pensamiento de degollar á Cómodo y de hacerse emperador. Ya se habían mezclado algunos con los guardias de palacio, cuando Materno fué vendido por otros, y su suplicio hizo abortar su trama.

Entre tanto el valor de los generales pudo reprimir á los frisonos y repeler á los caledonios, que habían traspasado la muralla de Adriano; por lo que hace á Cómodo se atribuía el honor de estas victorias y el título de emperador sin ver jamás el campo de batalla. Sólo una vez anunció el designio de pasar á Africa; mas luego que hubo reunido con este fin mucho dinero, lo dispuso en festines y en desordenados placeres.

Aumentáronse las miserias de su reinado con desastres accidentales. Hubo muchos terremotos; declaróse la peste en Roma, produciendo la muerte de dos ó de tres mil individuos por día; el templo de la Paz fué devorado por las llamas; aquella construccion de Vespasiano, donde estaban depositados los despojos de la Judea, las obras de literatura, y las más preciosas producciones de Arabia y de Egipto. Propagóse el fuego á palacio y al templo de Vesta, de donde huyeron las vírgenes sagradas, exponiendo por la vez primera á la vista de los profanos el paladion, salvaguardia del imperio.

Al fin, un peligro privado supo consumir lo que no podía la indignacion pública. Con efecto, Marcia, concubina del emperador, Leto, capitán de su guardia, y electo su gentil-hombre, sabedores de que había resuelto su muerte, asesinaron á Cómodo (31 de Diciembre de 192). Apenas había cumplido treinta y seis años, y contaba de reinado trece.

El Senado, que se había rebajado hasta el último grado de abyeccion respecto de su persona, cobró bríos cuando le vió muerto; mandó

derribar sus estatuas y borrar su nombre de las inscripciones; negó sepultura al vil gladiador, al parricida, al tirano más sanguinario que Neron mismo.

Corrieron los conjurados á la morada de Helvio Pertinax (1 de Enero de 193), antiguo senador consular y prefecto de la ciudad entonces. Oyendo que le llamaban, y como era media noche supuso que iban de parte de Cómodo á darle muerte; indújoles á entrar y les dijo que hacia mucho tiempo que les esperaba, atendido que Pompeyano y él eran los dos únicos amigos de Marco Aurelio que aún quedaban con vida.

Pompeyano era el virtuoso esposo de Lucilla, hermana de Cómodo. Siempre conservó una digna continencia, rehusando presentarse en el anfiteatro y ver al hijo de Marco Aurelio prostituir allí su persona y su clase. Residió, pues, frecuentemente en el campo, bajo pretexto de enfermedades, que no cesaron hasta que terminó el reinado bien corto del sucesor de aquel soberano.

Helvio había nacido cerca de Alba (126), en el Monferrato, de un carbonero esclavo, que le dió el nombre de Pertinax, por su obstinacion en querer abandonar el oficio paternal para hacerse maestro de griego y de latin en Roma. Produciéndole esta profesion escasas ventajas ingresó en el servicio, llegó á ser centurion, y luego prefecto de una cohorte en Siria y en Bretaña. Marco Aurelio le degradó á consecuencia de una acusacion fulminada en contra suya; mas habiendo reconocido su falsedad, posteriormente le nombró senador y le envió con la primera legion á hacer la guerra á los germanos. Despues de haber sometido á la Retia fué Pertinax nombrado cónsul; vióse en seguida bajo el reinado de Cómodo alternativamente ensalzado y abatido, y llamado por último al gobierno de Roma. Hombre de bien, asíduo para los negocios, grave sin orgullo, hablando sin fraqueza, prudente sin astucia, frugal sin avaricia, grande sin ostentacion, amigo de la sencillez romana, juzgáronle Leto y los conjurados muy idóneo para reparar el mal causado por aquel á quien habían quitado la vida.

Lleváronle, pues, al campo de los pretorianos, que á pesar de su interesado afecto hacía

Cómodo, aceptaron al nuevo emperador mediante la promesa de tres mil dracmas por cabeza, y le condujeron ceñido de laureles al Senado para que su elección fuera allí aprobada. Ahogaron los aplausos la voz de Pertinax, cuando rogó á los senadores que le eximieran de tanta carga; confiriéronle el título de Augusto, de padre de la patria, de príncipe del Senado, y pronunciaron los cónsules su panegirico. No consintió que llamaran Augusta á su esposa, que no lo merecía, ni á su hijo César mientras no se mostrara digno de ello. A ambos les cedió cuanta fortuna poseía, á fin de que nada tuvieran que pedir al Estado; despues, con objeto de que no se echara á perder su hijo con el enervante lujo de la córte, le envió á educarse al lado de su abuelo materno.

Pertinax conservó en el trono sus virtudes privadas. Sencillo en su manera de vivir, continuó sus relaciones con los senadores de más estima, convidándoles á cenas sin etiqueta, de que se reían los que daban la preferencia á las profusiones sanguinarias de Cómodo. Sin embargo, ellos habian agotado el tesoro hasta tal punto, que Pertinax se vió obligado á acuñar la plata de las estatuas de su predecesor derribadas al suelo, y á sacar á subasta sus armas, sus caballos, sus vestiduras de seda, sus muebles, así como un carro que señalaba la hora y el camino recorrido, sus concubinas y sus esclavos, á escepcion de aquellos que nacidos libres habian sido reducidos violentamente á la servidumbre. Puso á los favoritos del tirano en la necesidad de restituir parte de sus mal adquiridas riquezas, y se sirvió de ellas para pagar á la guardia pretoriana, y además á los acreedores del Estado las pensiones vencidas, y á los que habian sufrido algun perjuicio. Abolió los derechos honerosos que embarazaban el comercio, y eximió de impuesto por término de diez años á los que tornaran á cultivar los desiertos campos de la Italia. Declaró que no admitiría ninguna manda con detrimento de los legítimos herederos, restituyó patria y bienes á los desterrados por causa de traicion, castigó á los delatores y vedó que se inscribiera su nombre en los parajes de costumbre, diciendo: *Pertinax tenecen al público y no al emperador.*

Si merecía de este modo el afecto de las personas honradas, las cuales recordaban los nom-

bres de Trajano y Marco Aurelio, no por eso dejaban de ser numerosos los que se aprovechaban del desórden y del silencio de las leyes. Ya los pretorianos echaban de ménos á Cómodo, recelando que intentara reformar la disciplina; y Leto, que habia esperado proceder á su antojo bajo un emperador hechura suya, escitaba entre ellos el descontento. Tres dias despues de la elevacion de Pertinax quisieron encumbrar al imperio al senador Materno Lascivio, quien se arrancó con esfuerzo de sus manos para correr al lado de Pertinax y protextar de su inocencia.

Prestóles oído más benévolo el cónsul Falco; y el emperador se querelló de esto sin consentir que fuera condenado. Pero apenas habian transcurrido noventa dias desde su advenimiento, algunos centenares de pretorianos cruzaron Roma en tumulto y se abalanzaron al palacio, que les abrieron los guardias é infames libertos. Presentándose el emperador á aquellos sediciosos, les reprendió por su rebelion y les hizo observar los males que resultarían de ella; avergonzados algunos de ellos, volvian su acero á la vaina, cuando un bátavo atravesó al emperador con su javelina, y los demas imitaron su ejemplo. Envolviéndose Pertinax la cabeza con su toga, espiró bajo sus golpes invocando la venganza del cielo; y su cuerpo fué paseado en triunfo por las calles de la ciudad poseida de espanto. Aquí ocurre una nueva escena: anunciando aquella soldadesca que el imperio estaba en venta y se adjudicaría al mejor postor, no tuvo reparo Sulpicio, suegro del emperador, y por él enviado al campo para apaciguar el tumulto, de ceder á su ambicion presentándose á comprar un trono mancillado con el asesinato de su deudo. Mas tambien salian al frente otros competidores; habiendo llegado á oídos de un milanés muy opulento, llamado Didio Juliano, que, sin pensar en las calamidades públicas, regalaba en aquel instante con un espléndido banquete á sus amigos, éstos le excitaron á que se presentara tambien en la subasta. Despues de haber vacilado un poco se dirige aquel anciano al campo y puja con Sulpicio, promete restablecer las larguezas hechas por Cómodo, y de 5,000 dracmas ofrecidas para cada soldado, hace subir la postura á 6,250 pagaderas al contado.

¡Oh, Yugurta, ha hallado un comprador Roma!

Proclamado Didio con grandes voces, es conducido al Senado en medio de los pretorianos á través de las desiertas calles de Roma, luego al Senado, que, despues de haberle oido enumerar sus propios méritos y encomiar la libertad de su elección, le felicitó en términos obsequiosos por la pública ventura.

Habiéndose dirigido á palacio seguido de la misma comitiva de soldados, vió allí el trono de Pertinax y la comida frugal que le tenian preparada; mas no por eso se entibieron su ambicion ni su prodigalidad. Hizo que le sirvieran con más esplendidez que nunca, y pasó la noche á la mesa jugando á los dados y admirando al bailarín Pilades.

Didio (nacido el 30 de Enero de 133), elevado á los empleos por Marco Aurelio en virtud de recomendacion de su madre, habia mandado en Germania, y defendido la Bélgica y la Iliria; habia sido cónsul y provisor de viveres en Roma. Cómodo le habia contemplado, y Pertinax se mostró su amigo. Prodigaba locamente sus inmensas riquezas. Pero despues de haber adquirido el cetro de aquel modo, debió apercibirse de cuán pesado era. Cuando los pretorianos, seducidos por el estímulo del dinero y por el nombre de Cómodo que Didio habia tomado, le acompañaron al Senado, no se oyó un solo aplauso entre el pueblo; algunos hasta prorrumpieron en injurias, aunque se manifestaba afable y á pesar del dinero que distribuía á la plebe. Aquel vergonzoso método de elección excitaba la indignacion en todas partes.

Descontenta la muchedumbre, no tarda en sublevarse, é irritada de la resistencia que experimenta, corre á las armas y se abalanza al circo, donde Didio asistía á los juegos, renueva sus imprecaciones en contra suya, y apela á los ejércitos de las fronteras para que lleguen á vengar la majestad del imperio, prostituida de aquel modo.

Este grito fué oído, y los ejércitos de Bretaña, de Siria, de Iliria, mandados por Clodio Albino, Pescennio Niger y Sétimo Severo, ora por orgullo, ora por rivalidad de los soldados, ora por ambicion de los jefes, protestaron contra aquel indigno mando. Clodio Albino, de familia más noble que los demas generales, era

natural de Andrumeta, en Africa; despues de haber escrito sobre agricultura, abandonó las letras por la espada. Sobre toda ponderacion austero, jamás habia perdonado, y habia mandado crucificar á centuriones por levisimas faltas. Pendenciero en el seno de su familia y con todo el mundo, era tambien gran comilon, de tal tal modo, que se comió de una sola sentada quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cien ficedulas y cuatrocientas ostras. Mandaba el ejército de Bretaña, cuando al circular la falsa noticia de la muerte de Cómodo, propuso restablecer la república. Esto le hizo caro al Senado y odioso á Cómodo; así el veneno de los conjurados le salvó del castigo. Rehusando esta vez prestar obediencia á Didio, pudo fácilmente sostenerse en la isla donde mandaba, aunque nunca tomó el título de Augusto.

Pescennio Niger, natural de Aquino, de una fortuna mediana y ménos instruido que Albino, llegó á los primeros grados militares, como soldado valeroso y capitán excelente. Observador de la disciplina, no permitía que los oficiales maltrataran á los soldados; mandó que fueran apedreados dos tribunos que habian sustraído alguna cantidad de la paga, y con gran trabajo accedió á las instancias del ejército, que pedía el perdon de diez merodeadores, á quienes queria condenar á muerte por robo de aves. No consentía que se bebiera vino en su campamento, queria que sus criados fueran cargados en las marchas á fin de que no aparecieran ociosos, y él mismo andaba á pié con la cabeza desnuda. Habíase granjeado la estima general en el gobierno tan importante como lucrativo de la Siria, hermanando la energía con una afabilidad benévola; lo cual hizo que al saberse el asesinato de Pertinax le exhortaran todos á apoderarse del imperio; inmediatamente se declararon las legiones de la costa oriental en favor suyo, así como todo el país desde la Etiopía hasta el Adriático, y recibió las felicitaciones de los monarcas que reinaban allende el Tigris y el Eufrates.

Al celebrarse la solemnidad de la aclamacion, Pescennio interrumpió al orador, que pronunciando el panegirico acostumbrado, le comparaba á Mario, á Anibal y á otros grandes capitanes. *Cuéntanos mas bien,* le dijo, *lo que hicieron imitable. Es propio de un ayudor alabar*